

La Natividad del Señor

Y levantó su tienda entre nosotros

Por ANA MARÍA BALDRICH
HABEY HECHAVARRÍA PRADO

El 29 de noviembre iniciamos el tiempo que en el calendario litúrgico de la Iglesia Católica es denominado Adviento (del latín *adventus*, advenimiento). Son cuatro semanas de preparación de las fiestas navideñas, que se inician el 24 de diciembre, nochebuena, y se extienden hasta después de la Epifanía, conocida como fiesta de los Reyes Magos, la cual se celebra el 6 de enero de cada año.

En esas fiestas, celebramos el misterio de la Encarnación de Dios y su manifestación a los hombres, un hito que marca la historia de la civilización humana y de la Salvación. Se trata del misterio por el cual el Señor se hizo persona sin dejar de ser Dios, en las purísimas entrañas de la Virgen María, al nacer en un pobre portal de Belén. Ese acontecimiento trascendental, dividirá la historia del mundo en antes de Cristo y después de Cristo, pues su nacimiento marca el primer año de la Era Cristiana.

Origen de la celebración

Cuando las comunidades cristianas en el siglo III comenzaron a festejar el 25 de diciembre el nacimiento del Señor, no era sólo el acontecimiento histórico del alumbramiento lo que les interesaba, sino el misterio insondable de Dios hecho hombre.

La fecha del 25 de diciembre coincide con el solsticio de invierno (21-22 de ese mes), época en que el sol se halla en el trópico de Capricornio, lo cual provoca que en el hemisferio norte se recrudezcan los fríos, los días se acorten al máximo y la noche se alargue, mientras que en el hemisferio sur sucede lo contrario. Este suceso planetario originó y propició, en el Imperio Romano, la extensión de la heliolatría, culto pagano que idolatraba al dios Helio, cada 25 de diciembre.

La Iglesia proclamó con mayor contundencia su fe en el Dios creador de cielo y tierra al vaciar el contenido de semejante culto pagano y abrirle nuevas perspectivas hacia lo realmente trascendente. En documentos del año 354, aparece la Navidad en sustitución de la fiesta pagana en honor al Sol. Aquella se consolidó progresivamente, a lo cual contribuyeron la predicación y catequesis de los Padres de la Iglesia, especialmente los de finales de los siglos IV y V, quienes vieron en Jesucristo el verdadero sol de justicia que ilumina a los hombres.

También la Epifanía sustituyó una fiesta pagana en honor al Sol, la cual en la noche del 5 al 6 de enero, contemplaba, en Alejandría, un culto misterioso y de carácter popular en honor al nacimiento de una de las diversas divinidades solares de entonces.

Instituida la Navidad en Roma, enseguida apareció en otras Iglesias orientales, en las cuales, desde hacía algún tiempo, venía celebrándose la Epifanía. A partir del último cuarto del siglo IV, la fiesta del 25 de diciembre se propagó por todas las Iglesias orientales. La Epifanía se introdujo tardíamente en Occidente. Ya hacia el año 380, la Iglesia hispana, junto con el 25 de diciembre, celebraba también dicha festividad.

Alcance de las fiestas navideñas

El contenido de la Navidad es la preservación de un misterio, entendido como verdad sobrenatural cuya comprensión supera la capacidad cognoscitiva del ser humano y es objeto de la revelación divina. En estas celebraciones, los cristianos revivimos el misterio fundacional de la Encarnación. A través del referido acontecimiento, Dios asumió la condición plena de hombre, sin dejar de ser Dios, en medio de la Sagrada Familia de Nazaret, para formar un hogar humilde y trascendente junto a San José, padre adoptivo, y la Virgen María, Madre por la intervención del Espíritu Santo. Jesucristo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, asume nuestra condición y se hace igual a nosotros en todo, menos en el pecado.

Celebramos, entonces, la condición del hombre y de Dios, en la cual, desde la mirada de la fe, es posible descubrir la grandeza del Señor manifestada a través de la pobreza del Niño de Belén. La gloria de Dios, que es manifestación de su presencia y cercanía, sólo es percibida por los creyentes, es decir, por quienes saben fijar su mirada no en lo superficial, sino en la hondura espiritual del misterio, como hicieron los humildes pastores de Belén, o los denominados Reyes Magos, guiados por una estrella prodigiosa.

Esos Magos o Sabios del Oriente (la tradición les concede el título real, pero no las Sagradas Escrituras) que encontraron, en el pobre y desvalido niño Jesús al Dios omnipotente y al hombre, le ofrecieron incienso (por la divinidad escondida), oro (al ser rey) y, como símbolo de humanidad, mirra, goma resinosa obtenida de un arbusto propio del desierto de Arabia y de algunas zonas de África.

La Adoración de los Magos constituye el motivo histórico de la Epifanía, en tanto esa fue la primera manera en la que Dios quiso darse a conocer a todos los pueblos y recibir el saludo reverente de la humanidad que había venido a redimir.

Al festejar el nacimiento del Señor, la Navidad afirma también el nacimiento del hombre a la vida nueva, a la vida del Hijo de Dios, que tiene sus raíces en el alumbramiento y culmina en la Pascua. Se celebra así la totalidad de la obra redentora de Dios a favor de la criatura creada a su imagen y semejanza, el ser humano.

En Navidad, por tanto, celebramos también la incorporación de todos los hombres a Dios.

De manera que para nosotros, los cristianos, la Navidad representa un nuevo encuentro con el Dios que quiere nacer en nuestro corazón, para que la luz de la verdad y la gracia iluminen nuestras vidas y nos transformen según su voluntad. El Señor desea que esa luz no permanezca en nuestro interior como un candil escondido, sino que relumbren su amor y su alegría en todos los caminos de la tierra, alcanzando a todos los ambientes, desde los hogares hasta aquellos donde los humanos fraguamos la civilización.

La Navidad en Cuba

Esta festividad tuvo un indiscutible arraigo en la población cubana desde los tiempos de la colonia, así como mantuvo un carácter religioso y eminentemente familiar. Las fiestas navideñas guardan ciertos vínculos con rasgos culturales de nuestra idiosincrasia nacional, muestra de los

lazos de la identidad cubana con la religión católica dentro del proceso de conformación de la nación.

El 24 de diciembre, día de nochebuena y víspera de Navidad, era la celebración familiar por excelencia, pues reunía a sus miembros y a otras personas cercanas en torno al niño Jesús. Para la ocasión, se efectuaba una cena en la que tradicionalmente no faltaban las comidas y bebidas típicas. También se celebraban fiestas o bailes públicos, a los que, en las zonas rurales, se agregaban juegos, competencias y guateques.

En la noche del 24 o el día 25, la mayoría de la familia asistía a la Santa Misa dándole el verdadero sentido a la fecha: el homenaje orante y la acción de gracias al Señor. De igual manera, la Epifanía (6 de enero) permitió a los cubanos la continuación de una costumbre heredada de nuestros ancestros españoles. Rememoraban la adoración de los llamados Reyes Magos a Jesús, con los regalos y juguetes que se preparaban para los niños, los cuales se entregaban ese día.

Para estas fiestas se engalanaban en la medida de las posibilidades infinidad de viviendas. Los centros comerciales aprovechaban la oportunidad para decorar sus vidrieras con motivos alegóricos y se creaba un ambiente generalizado de alegría en la población. Los arbolitos de Navidad, con profusión de luces de colores y adornos, muchas veces de confección casera, se tornaron muy populares. En su base se colocaba un nacimiento con figuras de yeso o cartón, y en este lugar se acostumbraba a poner los regalos para los niños en la noche del 5 de enero o en la madrugada del día 6.

En aquel momento, no debemos obviarlos, las fiestas estaban influidas por la situación económica que atravesaba cada familia y tenían un componente comercial nada despreciable que la propaganda estimulaba.

No obstante, las fiestas navideñas conservaron su sentido eminentemente religioso. Es la razón que motivaba a muchas familias, a pesar de sus escasos ingresos, a practicar el ahorro para celebrarlas. A lo anterior contribuía el esperado aguinaldo, regalo en especie o dinero que otorgaban los empleadores.

A partir de los años 70 del pasado siglo, esta festividad dejó de ser feriado. Pero varios lustros después, con la visita a nuestro país del Santo Padre Juan Pablo II, hoy siervo de Dios, se restablece el 25 de diciembre como día feriado, lo que contribuyó a crear un mejor clima para la celebración de la Navidad.

En la actualidad, son muchas las dificultades económicas y de estructuración filial que, unidas a las carencias, enmarcan la situación de la familia cubana y, por consiguiente, el modo de celebrar la Navidad.

La precariedad material que se expresa en la vivienda, para poner un ejemplo, es uno de los problemas que se han agudizado, mucho más con el impacto de los ciclones el pasado año. La supervivencia, en esas difíciles condiciones, señala el problema vital que afecta tanto la estabilidad como el desarrollo de la familia, célula primera y fundamental de la sociedad, sumergida en un abanico de problemas que desbordan el ámbito de los asuntos económicos.

La asistencia médica y la educación gratuitas, junto a la seguridad social y las áreas subvencionadas por el Estado, no resuelven los bajos niveles adquisitivos de la familia. Por otra parte, la existencia de la doble moneda, a la que no tiene acceso la mayoría de la población, aumentan los desequilibrios sociales y dificulta la satisfacción de las necesidades básicas. Todo ello

inclina hacia la búsqueda de soluciones no siempre legales y, en muchos casos, éticamente inaceptables, que ponen en peligro la formación de las nuevas generaciones.

Las dolorosas ausencias en la mesa hogareña, provocadas en gran parte por los crecientes niveles de emigración, ya sea permanente o temporal, constituyen uno de los fenómenos que propicia la desintegración de la familia. La partida hacia el extranjero en búsqueda desesperada de mejores horizontes afecta también el tejido social.

Estas sombras nublan el horizonte y ponen a prueba nuestra fe en el Dios del Evangelio, que es el Señor de la Historia porque no predica desde un olimpo, sino que comparte nuestras angustias, desafíos e ilusiones. Cristo, que venció al mundo, conoce bien los rigores de la carne; quién mejor que Él, pues, para nacer también en Cuba, y desde aquí reunirnos en su Corazón y presentarnos su grandioso proyecto de amor.

Por ello los cristianos rememoramos, llenos de alegría y esperanza, en las buenas y en las malas, el nacimiento del Dios hecho hombre. Acudimos confiados a los sacramentos, especialmente al de la Eucaristía, mediante el cual nos alimentamos con el sublime banquete del Pan de Vida, Dios mismo en Cuerpo y Sangre.

La familia a la luz de la Navidad

En el Evangelio de Lucas (2, 1-20), nos percatamos de la importancia de la Navidad para la vida familiar. Ante semejante acontecimiento, debemos preguntarnos: ¿Cómo celebrar, en el medio familiar, ese signo de salvación? Mucho nos puede ayudar la celebración del Adviento en nuestro hogar. Son cuatro semanas en las cuales la familia, reunida alrededor de la coronilla de Adviento, ofrece una oración de alabanza al Señor y le pide que vuelva a nacer en nuestro hogar ayudándonos a imitar el ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

Para que en nuestro hogar reine el amor, estimulemos la confianza en el Dios que todo lo puede; la solidaridad desde nuestra pobreza; la fortaleza para saber afrontar con ánimo y esperanza las circunstancias difíciles; la humildad que deja ver en el otro su dignidad de hijo de Dios; la bondad que modera la agresividad e intolerancia; la verdad que es compañera de la honestidad y de la justicia, inseparables a la hora de construir un ambiente de paz y armonía; el perdón que nos hace más comprensivos y la comunión que propicia la unidad y fraternidad.

El espíritu navideño debe nacer de un tiempo de esa conversión, que propicia nuestra apertura al nacimiento de Dios en el seno del hogar, si, desde nuestra libertad, tenemos el corazón abierto a Jesucristo y a las transformaciones que decida realizar en nosotros.

Que en este 2009 el Niño Dios permita que celebremos una feliz Navidad, y materialicemos nuestros propósitos de ser mejores para mayor Gloria de Dios y para nuestra felicidad y la de los que nos rodean.